

El dorado homenaje a la UNAM

Francisco Rojas

En el Muro de Honor de la Cámara de Diputados figura desde el 28 de octubre, por acuerdo de los representantes de todos los partidos, en letras de oro, el nombre de la Universidad Nacional Autónoma de México; en la conciencia nacional está desde su fundación, pues ella es pilar que sustenta la mexicanidad. A pesar de su desaparición formal en algunos periodos de la historia patria, sus escuelas siguieron formando distinguidos mexicanos que hicieron posible la consolidación del país, la Independencia, la Reforma, la Revolución y la transformación de la sociedad mexicana a lo largo del siglo xx.

Cuna del Ateneo donde se incubaron los principios de la democracia y la revolución social a principios de la pasada centuria, lo fue después de la brillante Generación de 1915 que marcó rutas al conocimiento y la cultura nacionales. Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Antonio Castro Leal, Teófilo Olea y Leyva y Alfonso Caso, entre otros, son producto de la Universidad fundada por Justo Sierra con las escuelas e institutos profesionales que quedaron dispersos durante varias décadas. En el recinto de lo que fue la Escuela Nacional

Preparatoria, en San Ildefonso, vio la luz el principal proyecto de educación superior que México ha vivido.

Impulsada por José Vasconcelos, abrió sus puertas a todas las clases sociales para convertirla en fuente de ideas y proyectos útiles para el país; acercó la Universidad al pueblo no para que éste sirviera a la Universidad, sino para que ésta se pusiera a disposición de aquél. Fue seguramente ese joven y entusiasta rector quien llevó a cabo la profunda transformación de la institución en los primeros años de la década de los veinte. Fueron tales los cambios, con implicaciones a corto y largo plazos, que es plausible afirmar que Vasconcelos fue el rector de mayor impacto durante los primeros tres decenios de la institución, y acaso de toda su historia. Es más, la influencia de este ateneísta trascendió el ámbito universitario, al transformar de manera radical el sistema educativo en su conjunto. La autonomía, a partir de 1929, convirtió a nuestra Máxima Casa de Estudios en espacio de libertad y debate de ideas; ella ha arropado todas las ideologías y filiaciones políticas sin distinción alguno. Su autonomía se convirtió en garantía de tolerancia y respeto a todas las vertientes del saber

humano, a todas las concepciones sobre la sociedad y la naturaleza.

Pionera de la libertad de cátedra, la Universidad Nacional Autónoma de México ha respondido al carácter laico que distingue a la educación pública en México. Alejada de prejuicios y sin ataduras filosóficas ni políticas ha formado a buena parte de los científicos y humanistas que delinearon el perfil del México contemporáneo. En ella se forjaron mexicanos de todas las condiciones sociales y de todos los rumbos de nuestra geografía. Fue, seguramente, el principal factor de democratización de la sociedad porque significó y significa, aún hoy, la oportunidad de educación superior sin distinción de posición social o económica. Representó, no cabe duda, junto con otras instituciones públicas de educación superior, el principal canal de capilaridad social que vivió México durante varias décadas.

A pesar de la proliferación de universidades privadas, la UNAM simboliza el Alma Mater del conocimiento; en su seno no sólo se practica la docencia con escrúpulo y dedicación, sino se realiza la mitad de la investigación científica que se lleva a cabo en el país y se difunde la cultura; es decir, está al servicio de toda la sociedad mexicana.

Muchos son los intentos por limitar la presencia de la universidad pública y en particular de la UNAM; aceptarlos nos condenaría a cancelar la movilidad social y a polarizar aún más el ingreso. Por el contrario, la Universidad requiere de los recursos que garanticen la más elevada calidad de sus egresados y su profesorado. Sólo con la educación al servicio de todos formaremos el capital humano que México requiere para superar rezagos ancestrales, añejas carencias y la pobreza que abate a más de la mitad de la población.

Pocas son las funciones en el servicio público y en el sector privado que no han contado con la presencia de destacados profesionales formados en las aulas de la UNAM; de ella han egresado los forjadores de muchas de las instituciones del país, los constructores de puentes, carreteras y presas, los técnicos que han electrificado casi todo el territorio nacional, los profesionales de diversas disciplinas que hicieron posible la marcha de la industria petrolera nacionalizada, los médicos que llevaron el sistema de seguridad social a todo el país, los prestadores de servicios especializados que modernizaron buena parte de la actividad nacional; en fin, semillero de hombres y mujeres al servicio de la nación, la UNAM está presente en todos los confines de nuestro territorio y en la mayor parte de los logros que hemos alcanzado.

En la educación que imparte, la UNAM realiza una tarea formativa de buena parte de nuestra juventud; el contacto entre alumnos y maestros, el intercambio cotidiano de puntos de vista y la búsqueda incansable de datos que expliquen los fenómenos naturales y sociales hacen de la comunidad universitaria una estrecha hermandad que, a pesar de sus distintos orígenes y filiações, construye para sí misma y para el país senderos de superación, a la par que integra y actualiza valores que dan sentido a la existencia individual y al ser social.

No siempre ha sido adecuadamente comprendida la importancia y la función de nuestra Máxima Casa de Estudios. Ha sufrido agresiones, enfrenta campañas de desprestigio y se regatean los recursos ne-

cesarios para la mejor formación de sus jóvenes alumnos y la permanente actualización de su profesorado. Sin embargo, dentro de las restricciones que sufre y de la incompreensión de algunos sectores ha cumplido y cumple un papel vital en el seno de nuestra sociedad. No sólo forma profesionales, realiza investigación y difunde la cultura, también ha sido surtidora de los cuadros docentes de las universidades privadas que contribuyen a la formación de un porcentaje minoritario de los estudiantes de enseñanza superior. La UNAM fue el origen de otras instituciones educativas reservadas a pequeños grupos de jóvenes. Junto con otras universidades públicas, ha sido multiplicadora del saber que se trasmite en la docencia privada. En la UNAM se crea conocimiento, no sólo se transmite, y uno de cada dos posgrados se estudian en ella.

También distingue a nuestra Casa de Estudios el que no sólo aspira a la creación de profesionales de alta calidad, sino se empeña en la formación integral de todos sus miembros. Alumnos, maestros, investigadores, artistas y trabajadores realizan un permanente intercambio de ideas y proyectos. El dogma no cabe en la UNAM; la verdad se construye diariamente con la participación de todos los miembros de la comunidad. En su seno lo único permanente es su compromiso con la sociedad; nada es verdadero o falso para siempre, la ciencia es una recta trazada hacia el infinito.

No concebimos el México actual sin la presencia de sus universitarios, sin la participación de sus egresados en todas las disciplinas del saber; además, la UNAM es esperanza de millones de jóvenes que aspiran a una formación científica, tecnológica, artística o en las ciencias sociales, de carácter laico, con investigación sin ataduras y espacios en donde las ideas y las palabras no se acotan ni se persiguen; la libertad de cátedra es garantía de las libertades de pensamiento, expresión y culto; es ella un mosaico representativo de todas las tendencias que existen en la sociedad mexicana.

La fuerza moral de la institución es el sustento de todas las tareas que realiza, sin que confundamos su facultad de autogo-

bierno con la extraterritorialidad que la pondría al margen del cumplimiento del orden jurídico que nos rige a todos los mexicanos. Nada que atente contra la ley honra a las instituciones públicas de educación superior; los hombres libres sólo se forman en el respeto a la ley y en el acatamiento del Estado de Derecho.

Diversas tendencias se enfrentan respecto al papel de la UNAM en el mundo globalizado. ¿Debe formar élites de especialistas o ampliar su cobertura en detrimento de la calidad de sus egresados? Creemos que tiene que ser capaz de aumentar su oferta educativa y elevar su calidad académica en la medida en que lo exige la revolución científica y tecnológica que viven los países desarrollados; atenuar la brecha que se ha abierto en la investigación entre los países ricos y los que estamos en desarrollo. Redoblar esfuerzos en la investigación pura y en la creación de nuevas tecnologías requiere del concurso de todos los miembros de la comunidad. En un país de carencias como el nuestro, nuestra principal Casa de Estudios tiene que diversificar sus fuentes de ingreso para responder a las expectativas de la sociedad, principalmente de sus jóvenes alumnos.

Desde la universidad pública podemos responder a los retos que plantea el proceso de globalización, no sólo financiera y comercial, sino del conocimiento y de la política. En nuestras instituciones de enseñanza superior podemos y debemos encontrar las respuestas a las exigencias de las sociedades posindustriales.

Hoy, al lado de los nombres de algunos de los más destacados próceres nacionales figura en el Muro de Honor de la Cámara de Diputados el nombre de la más importante institución de educación superior del país. El respeto que los mexicanos sentimos por su obra está ahí simbolizado; su compromiso con la nación es del tamaño de la admiración que le profesamos. Sentimos que en ella vibra el espíritu de los excelentes profesionales que ha formado y de ella demandamos ejemplaridad cotidiana en el cumplimiento de sus fines y objetivos. ①